



por los lugares que habitaban, así como por su origen y creencia: los hijos de Londres fundaron á Londonderry, estableciendo en él el puritanismo. Cuando no hubo tierras de qué apoderarse, Jacobo, tirano sofista, inventó un nuevo expediente de despojar á los irlandeses, el de obligarles á probar legalmente el derecho que tenían á sus posesiones, ó á restituirlas á la corona. Una nube de procuradores fué á caer sobre la isla con este motivo, animados por las promesas de participacion en el secuestro; y como al cabo de tantos años y despues de tantas guerras, muchos títulos se habian extraviado, no hubo posesion que no fuese disputada, y los despojos enriquecieron á los otros protestantes.

Con la proteccion de Enriqueta creyeron los católicos recobrar á lo ménos su culto; pero Carlos I no se adheria francamente á ningun partido, y renovó contra el Connaught, intacto todavía, los expedientes de su predecesor. Strafford, mandado á Irlanda de virey con los soldados y los leguleyos, hizo declarar que el único propietario era el rey, y que los demás poseian por cesion suya exclusivamente; pero los jurados decidieron lo contrario, y Strafford los castigó lo mismo que al sherif, para enseñarles á ser dóciles en lo sucesivo. Considerando todo derecho como usurpado al gobierno, se dedicó á destruirlos; y arbitrario en las opiniones, hábil en los medios, supo, gracias á este recurso, proporcionar subsidios al rey; pero no obstante que oprimia, velaba por el orden, por la industria, por el comercio, y por la recta administracion.

Carlos, próximo á sucumbir, comprendió la necesidad de captarse el aprecio de los irlandeses, y escuchó sus lamentos y les hizo justicia; pero entonces sobrevino el Largo parlamento, que fué el verdadero rey. Las hostilidades entre Escocia é Inglaterra parecieron á los irlandeses á propósito para recobrar la libertad, por lo cual en su parlamento multiplicaron las disposiciones para restringir el poder real. Estaban, sin embargo, muy divididos los antiguos irlandeses y los nuevos por la diferencia de intereses; y al paso que aquéllos querian recobrar su independecia, éstos temian

perder los bienes que habian adquirido de mal modo; aquéllos pedian el restablecimiento de la antigua religion; éstos, que eran puritanos ardientes, sólo tendian á destruir el episcopado.

Los jóvenes destinados al sacerdocio, no pudiendo estudiar en la isla, eran enviados á Italia y á España, donde adquirian una idea muy elevada del poder papal, y gran aficion al culto exterior, que despues trasmitian á sus feligreses. A esto hay que añadir que los potentados extranjeros, hostiles á la Inglaterra, alimentaban las esperanzas de darles auxilio, las cuales son siempre creidas por el que tiene necesidad de él, y acaso algunos ingleses fomentaban el descontento, esperando enriquecerse con las confiscaciones que ocurrían. Roberto Moore de Ballynagh, noble que habia poseido extensas haciendas, que entonces se habian distribuido entre los colonos ingleses, se unió con los otros antiguos jefes de la isla para acometer en una hora dada á todos los extranjeros, y apoderarse del fuerte de Dublin, donde habia armas para doce mil combatientes. En este tiempo los anglo-irlandeses acosaban con nuevas exigencias á Carlos, quien para librarse de ellas trató de ocupar por sorpresa el mencionado fuerte; y persuadido de que los católicos odiaban á los puritanos, entró en tratos con ellos secretamente para que tomasen las armas. Figurémonos cuán contentos se pondrian con aquella estratagema; y en efecto, se levantaron, y en el primer impulso degollaron, unos dicen que cuarenta, otros que doscientos mil ingleses; quemaron las casas y destruyeron hasta el ganado; los hombres formidables del clan de Ulster, á las órdenes de sir Phelim O'Nial, se señalaron por su ferocidad.

Moore comprendió tarde que las sublevaciones pueden provocarse, mas no dirigirse; pero en union de los otros jefes trató de sostenerse, declarando que habian tomado las armas para defender sus propios derechos por conciencia y para igualarse á los ingleses. Con este objeto se formó una asociacion nacional, y todos los irlandeses juraron tomar las armas en defensa del rey, de la religion y de sus derechos.

Carlos pidió al Parlamento medios para cas-



tigar y reprimir á los rebeldes; pero los comunes esparcieron la voz de que él era el autor de la rebellion ó su cómplice, y acaso los insurgentes fomentaron aquella opinion para justificarse: el Parlamento dió un manifiesto vehementísimo acerca de los males del reino, resumiéndolos y exagerándolos, y suponiendo que existía entre los Papistas y los Jesuitas una negra trama contra la constitucion; por lo cual pidió que se excluyera de su seno á los obispos, que se aboliesen las ceremonias del culto, diciendo que no habiendo más que un culto vivirian en paz los ciudadanos. Estas reclamaciones hallaron eco en las pasiones del vulgo, que tomó las armas para defender al Parlamento, que no se hallaba amenazado; se armaron los nobles de la comarca para defender al rey, que no se hallaba seguro, é impedir que cayese en poder de los ciudadanos, designándose éstos con el nombre de «Cabezas redondas (Roundheads),» y aquéllos con el de «Caballeros.» Unos y otros querian la libertad; pero los unos creian que el negar los impuestos, hacer responsables á los ministros y convocar el Parlamento cada tres años, era suficiente para prevenir los abusos; y los otros querian además que correspondiese al Parlamento el mando del ejército, el nombramiento de los empleados del Estado, de los consejeros y de los jueces.

Todos participaban del odio á la reina, y se trataba de acusarla. Ella pidió asilo á Francia, pero Richelieu le contestó: «En tales revueltas el que deja el puesto lo pierde;» así fué que Carlos intentó en su favor uno de esos actos de valor que salvan en las revoluciones, pero sólo á aquéllos que no han manifestado miedo; y fué acusar él mismo de alta traicion á algunos jefes republicanos. Fué al Parlamento y pidió su prision: sorprendido el Parlamento se agitó, pero luego declaró que el rey habia faltado á lo establecido, y pidió satisfaccion, llamando á las armas al pueblo bajo; Carlos salió de Londres, donde triunfaron los republicanos, se humilló de nuevo y concedió cuanto se le pedía, al mismo tiempo que pidió auxilios al extranjero.

El Parlamento, con el pretexto de que existian tramas papistas, pidió un cuerpo de

defensa; y sin cuidarse de la negativa de Carlos quebrantó las leyes de un país constitucional, abrogándose el derecho de levantar un ejército, si bien trató de justificarse con la necesidad de defenderse contra las maquinaciones que, segun se decia, preparaba el rey para mudar de religion. Tomáronse al servicio del Parlamento las tropas contra Irlanda y todos ofrecian á porfia todo el dinero que podian.

Resuelto Carlos á defenderse, desplegó en Nottingham la bandera real, protestando que no tenia más objeto que sostener la religion protestante, gobernar segun las leyes, y ejecutar las deliberaciones del Parlamento. Los pares se unieron á él en su mayor parte, y lo mismo hicieron los nobles, los episcopales y los católicos, la gente lujosa, de crédito y del mundo elegante; pero con los Comunes estaba el grueso de la nacion, los hacendados y los entusiastas, y además la armada, con la cual cortaban los auxilios extranjeros. Lejos de atemorizarse el Parlamento, decretó que el rey no podia poner el veto á las leyes votadas por la Cámara, que el mando de las tropas no correspondia al rey esencialmente, y que no se levantasen los ejércitos en nombre de éste, sino en el del Parlamento. Este se hallaba armado, y resolvió por una gran mayoría la guerra contra los realistas, dando el mando al conde Essex y la mision de llevar el rey á Londres, sacándole del lado de sus pérfidos consejeros.

Entre tanto, se propuso á los escoceses la union de las dos naciones, y la junta que los dirigia en aquella anarquía religiosa y política aceptó con tal que se reuniesen las dos Iglesias. Se formó, pues, un convenio que destruía el episcopado, al que sucedió una *liga de auxilio fraternal*, en virtud de la cual los escoceses enviaron veinte mil combatientes. Carlos publicaba prohibiciones y protestas, é hizo un llamamiento á los miembros de las dos Cámaras que habian permanecido fieles, invitándoles á pasar á Oxford, donde acudieron ciento setenta y cinco de la Cámara baja y ochenta y tres de la alta; éstos trataron de inclinar á la paz á sus encarnizados colegas; pero se calificó este acto de *proceder papal y jesuitico*, y se llamaron traidores unos á otros. Uno y otro



partido pensaron en procurarse dinero, y entre los medios que adoptaron fué uno el impuesto sobre las bebidas espirituosas; el aceite, los higos, el azúcar, las uvas, la pimienta, la sal, el tabaco, la seda, el jabón y la carne, impuesto que luego se perpetuó, como suele suceder con muchas invenciones revolucionarias; el otro medio fué obligar á los ciudadanos de Londres á que ayunasen un día á la semana, y entregasen en el Tesoro el importe de la comida que habian economizado.

En aquel tiempo se presentó un nuevo partido, que hasta entónces habia estado oculto bajo los anchos sombreros de los presbiterianos. En el reinado de Isabel, Roberto Brown habia enseñado que, siendo viciosos los ministros é idolátrico el culto de la Iglesia anglicana, el único medio de salvacion era separarse de ella; añadia que no habia jerarquías ni diferencias entre los eclesiásticos y los legos; que no debia haber nada exterior, ni símbolo, ni disciplina, siendo suficiente la comunicacion con el Espíritu Santo, que todos pueden obtener por medio de la oracion.

Los brownianos, como los anabaptistas, fueron perseguidos por aquellos mismos que poco ántes se habian quejado con ellos de los comunes sufrimientos; pero el nuevo movimiento aumentó su importancia. La reforma política legal estaba conseguida ya y remediados los abusos; quedaba la religiosa, obligada á unirse á aquélla; pero por sus vacilaciones y mal modo de discurrir, los que dominaban en las cosas políticas, eran odiados. Comenzó á pedir que se tolerasen en materia de fe las uniones que no se querian en política, con cuyo derecho se pretendia doblar las conciencias bajo el yugo de una mentida unidad; todo hombre, decian, es sacerdote inspirado por Dios; toda congregacion de fieles es iglesia legítima, y ninguna otra puede tener autoridad sobre ella, pues toda religion consiste en la libre é inmediata comunicacion de cada individuo con la divinidad.

Por esto los brownianos tomaron el nombre de *Independientes*. Profesaban el dogma supremo de Lutero, de que todo cristiano recibia con el bautismo el sacerdocio, de modo que no ne-

cesitaban sacerdotes ni superiores. Por la independencia nacional se habia abjurado del papado; por la independencia clerical, de la autoridad de los obispos; ahora por la independencia individual, se abolia el sacerdocio. Se habia llevado á cabo la primera revolucion por los príncipes, con el pretexto de dar libertad á los pueblos; la otra fué debida á los teólogos calvinistas en nombre de la igualdad, dejando, sin embargo, subsistente la diferencia entre los ministros y los fieles; de este modo la lógica sacó la última consecuencia, y llegó hasta la libertad del individuo.

De la misma manera nació el dogma de la libertad de conciencia, aplicado á todas las creencias, excepto la católica; dogma que pareció impedir al fanatismo dominante, el cual investigaba sólo por quién debia ser gobernada la Iglesia, entre el poder absoluto del papa, la aristocracia de los obispos y la democracia presbiteriana. Pero los debates se animaron, y las creencias quedaron mal paradas; no se queria solamente el estado legal de la antigua Inglaterra, ni la constitucion de la iglesia escocesa, holandesa ó ginebrina, sino que no hubiera límites al pensamiento ni á las exigencias, y que todo quedase sujeto á la razon y á la voluntad del hombre: sacudido el yugo de Roma, ¿por qué admitir el de los obispos? ¿Con qué razon formaban los sacerdotes un cuerpo fuerte y privilegiado? ¿Por qué dejarles otros medios más que los de la persuasion, la enseñanza y la oracion? ¿No puede Dios conceder á quien quiera sus dones?

En consecuencia de esto, no querian dogmas fijos, ceremonias ni sacerdotes; suprimido el orden sacerdotal como un privilegio, reducian el culto á la comunicacion del Espíritu Santo; mezcla de la sencillez de los primeros cristianos, de la exaltacion refinada de los quietistas y de la ferocidad inspirada por la fé. Esta doctrina sencilla y rigurosa, dispensaba á los espíritus fuertes de la inconsecuencia, á los corazones sinceros de la hipocresía, y proveía á las necesidades de Inglaterra, precisamente en uno de aquellos momentos en que el hombre tiene la sublime ambicion de no obedecer más que á la pura verdad, y el loco orgullo de atribuir to-



dos los derechos de ésta á la opinion propia.

Las mismas ideas prevalecieron, siguiendo la moda de aquel tiempo, sobre la política, y los independientes se propusieron libertar al mundo de la tierra de Egipto, esto es, de la monarquía, y establecer absoluta igualdad de poderes, conformándose en todo á la voluntad de Dios y á la Biblia, interpretada segun el sentimiento de cada uno. Partido deforme, compuesto de entusiastas, filósofos y libertinos, unidos por el principio de la libertad de creencias, bastante fuerte para dar la victoria, á pesar de los errores de los buenos y de los vicios de los malos, y oportuno sobre todo á un ambicioso que consiguiese reunir los ánimos en la tolerancia universal.

A estos pertenecia el coronel Oliverio Cromwell. Hombre de buena familia, de austera educacion, de carácter modesto y de férvido entusiasmo; ponía la igualdad en práctica, colocándose al lado de los más inferiores y obrando entre trivial y exaltado; vilipendiado por el desaliño de su vestido, por su voz chillona y sus rústicos modales, no atraía sobre sí la atencion más que por su inspirada elocuencia, en la cual hacia popular su diction insegura y falta de experiencia con las muchas frases bíblicas que usaba. Las medidas conciliadoras de los calvinistas, que querian sustituir á la anglicana la iglesia presbiteriana, y al episcopado las asambleas sinodales, le parecieron inútiles para excitar el entusiasmo que da el triunfo; por esto proclamó la libertad de conciencia, la independencia absoluta de la persona humana y la inspiracion directa sin el intermedio de la iglesia ni de los sacerdotes. Inútil para los debates parlamentarios, sintió abrirse su carrera cuando al derecho histórico sucedió el reinado de la voluntad y de la audacia, y ya no fué con la discusion, sino en el campo, donde se debatían las contiendas. Un regimiento de mil caballeros «que tenían el temor de Dios ante los ojos,» esto es, que rechazaban toda moderacion, porque persuadidos de que combatían por inspiracion divina, se titulaban «Hermanos rojos,» fueron el plantel de oficiales para el ejército del Parlamento. Cromwell, á la cabeza de ellos, rogaba y combatía; los acostumbraba á obrar en

nombre del Señor, á invocarle y abandonarse á Él, y se mostraba con todas sus fuerzas y con el alma consagrada á su partido.

Aclaremos las situaciones. El rey habia concentrado en sí el poder espiritual y el temporal; por esto estaba expuesto á los golpes, lo mismo de los que pedían la libertad política, que de los que pedían la religiosa. Por esto se unieron los unos con los otros; éstos invocando la política para sostener la fé propia y la conciencia; aquéllos apoyándose en la reforma popular, y todos excitando la revolucion, que para el partido político fué un fin, y un medio para el religioso.

No era, pues, como la revolucion francesa, un caso sin preparar, donde se pedían y se obtenían cosas que de otro modo no se hubieran obtenido; aquí, por el contrario, se proseguían ideas y obras comenzadas ya hacia algun tiempo. Declaróse ilegítimo el poder en el hecho de abusar de él; que era necesario el libre consentimiento en materia de leyes y de impuestos, y el derecho extremo de la resistencia á mano armada; pero todas estas cosas existían en el régimen feudal, y la Iglesia las habia ya escrito en el IV concilio de Toledo. Negar los privilegios, pretender la igualdad en las leyes y en los cargos, era lo que los reyes procuraban hacia mucho tiempo y lo que la Iglesia practicaba. Antes los nobles habian resistido á los caprichos del rey, los reyes habian destruido los privilegios aristocráticos, el clero habia proclamado la igualdad; pero estos tres poderes, que bien juntos, ó alternativamente habian dominado la sociedad, perdieron su importancia, y fueron reemplazados por un poder público, que queria extender el derecho de elegir hasta los extremos de la sociedad. Pero el Largo parlamento creyó suficiente la reforma legal, y que con los medios ofrecidos en la Constitucion reduciría la soberanía del rey dentro de los límites de la Carta-Magna. Los Comunes no tendían hasta entónces más que á atraer hácia sí el poder del gobierno, que de hecho les estaba conferido por el derecho de votar los impuestos, mientras que el rey lo pretendía segun lo habia tenido siempre; de modo que era necesario que un acto legislativo determinase sobre tal punto el



sentido de la Constitución. No se pensaba de ningún modo en derribar la constitución primitiva, sino por el contrario, se buscaba apoyo en las cartas antiguas, sin que se atrevieran los Comunes á marchar con franqueza; porque no estaban seguros del asentimiento de la nación.

Los horrores de Irlanda parecieron advertir al pueblo que el gobierno estaba mal aconsejado, que obraba sin prevision, y darle derecho de representar y desaprobar la conducta de los ministros; lo cual determinaba con más claridad la posición de los dos partidos. El uno, más decidido, creía necesario un cambio radical en el gobierno, haciendo prevalecer la Cámara de los Comunes como representante del país; en suma, la soberanía del pueblo, extendiendo al reino el fundamento de la Iglesia presbiteriana gobernada por asambleas.

Pero ni la reforma legal ni la política bastaban al tercer partido, que la quería social, y pensaba mudar el fondo y la forma de la viciada constitución y extender más las atribuciones de la Cámara de los Comunes, hasta el punto de nombrar para los cargos superiores, aunque sin cambiar el sistema electivo, ni el judicial, ni el administrativo. En cuanto á la religión, haciéndola consistir en la libre é inmediata comunicación de cada uno con Dios, habrían conciliado el fanatismo con la tolerancia, si esta palabra hubiera sido conocida entonces y comprendida. Pertenecían á esta fracción los republicanos, las sectas religiosas entusiastas y los libertinos, deseosos de hacer fortuna, y sobrevivieron á las otras, porque tendían á ideas más elevadas y generales; y mientras que los anglicanos rechazaban al papa en nombre de la independencia nacional, y los escoceses hacían lo mismo con los obispos en nombre de la independencia del clero, los independientes tocaban las extremas consecuencias de la reforma, aboliendo también los sacerdotes en nombre de la independencia del hombre. Los ciudadanos de Inglaterra habían estado unidos hasta entonces con los calvinistas de Escocia, para barrer la autoridad del rey y de los obispos; pero si las complicaciones de una constitución son ininteligibles al pueblo, se le persuade fácilmente con la inspiración individual, y es ca-

paz de todo por conquistar el paraíso. En las revoluciones es tanto mayor la fuerza, cuanto más lejos está el fin á que se dirigen.

Cuando los independientes pudieron quitarse la máscara, procuraron sacar al ejército de manos de los liberales. Para conseguir esto dispusieron un ayuno general con el fin de invocar el favor del cielo, durante el cual, los continuos sermones versaban sobre los males de la guerra, sobre la perfidia de los parlamentos egoístas y de los capitanes que no hacían nada mientras que la nación padecía; suplicaban á Dios que protegiese su obra, y que si los instrumentos empleados hasta entonces no eran dignos de llevarla á cabo, inspirase la elección de otros más capaces. Al día siguiente, Enrique Vane, ardiente puritano que se creía destinado á so tener el cetro de la época milenaria, dijo en el Parlamento, que no de otro modo sino por inspiración divina, hubiera podido nacer la uniformidad de las quejas de tantos santos personajes, y exhortó á hacer abnegación de los intereses propios y á renunciar á los cargos lucrativos. El dió el primero el ejemplo: después Cromwell en un discurso, mezclado de teología, de política y de locura, pidió que los oficiales del ejército resignasen en otros sus grados; y el entusiasmo en unos, y en otros el deseo de conquistarse gracia con mostrarse desinteresados, presentaron un *bill de abnegación*, por el cual los miembros de las dos cámaras se declaraban excluidos de casi todas las funciones civiles y militares, y de la dirección del ejército, esto es, del poder ejecutivo.

El golpe maestro que en un instante quitó todo poder al Parlamento, transfiriéndolo de los calvinistas predominantes en él á los independientes que dominaban en el ejército, fué dirigido principalmente contra Essex, general de los ejércitos; y en efecto, ordenada la recomposición del ejército, fué elegido para mandarle el caballero Tomás Fairfax, hombre de tan gran valor como escaso de modestia, y que á pesar de la abnegación, quiso retener como lugarteniente suyo á su suegro Cromwell, de quien era echura é instrumento, y que entonces se hizo dueño de la fuerza armada. La caballería era todavía el alma de la guerra, y muchos



hombres nuevos sucumbieron ante los caballeros nobles, aguerridos desde la infancia. Cromwell vió que á éstos no podía oponer antiguos esclavos ni gente viciosa, sino hombres persuadidos de la causa porque combatían, y por lo tanto invencibles. Fuerza es confesar que el espíritu político era bien débil, cuando el ejército del Parlamento no podía reclutarse sino de aquel modo. Cromwell, por tanto, se dirigió al sentimiento religioso, y enganchando aldeanos inspirados, les dió oficiales independientes, en su mayor parte artesanos, demagogos y fanáticos, y prestándoles alientos con su entusiasmo, los hizo invencibles. La resolución da el triunfo en las revoluciones, y Cromwell dijo á sus soldados: «No os hagais la ilusión de creer que vais á combatir por el Parlamento ó por el rey; si el rey me saliese al encuentro, yo dispararía contra él. Aquel á quien la conciencia no le permita hacer otro tanto, que se retire.

Laud, que estaba preso hacia cinco años, fué procesado á instancia de Pym, pero se defendió tan bien que los pares no encontraron motivo para condenarle; los comunes quisieron establecerse nuevamente en cámara de *attainder*, y porque aquéllos se oponían, pidieron un ayuno general, medio acostumbrado de exaltar los ánimos. Los pares asustados consintieron en el *bill de attainder*, y Laud fué mandado al suplicio á la edad de 72 años, lo cual fué una crueldad inútil.

Entonces el rey, viendo ya imposible la reconciliación, renovó las hostilidades; pero sus partidarios, ya que arriesgaban por él sus bienes y sus vidas, pretendían darle consejos y dirigir sus actos, de donde resultaron violentas disensiones, tanto dentro como fuera del reino, manejos y pretensiones de empleos; los irlandeses le ofrecieron socorros, pero con condiciones que él no se atrevió á aceptar. La indisciplina del ejército había llegado á tal punto, que en muchos condados se formaron conventículos (*clubs*), en uno de los cuales armaron hasta 10.000 hombres para proteger la propiedad. En los parlamentarios, por el contrario, no había ni desertores ni desobedientes; los oficiales se asemejaban á los sacerdotes, ocupando el tiempo de que podían disponer en ceremonias

religiosas; muchos soldados tenían éxtasis, salmodiaban y ayunaban, formando notable contraste con la oficialidad de Carlos, espléndida, soberbia y disoluta. Dedicados á la guerra y á la religión, las palabras de mando eran bíblicas, y las marchas guerreras himnos religiosos; mandaban el fuego *en nombre de Dios*, y cantando salmos se arrojaban á la pelea. En Naseby, en el Northampton, derrotaron al príncipe Ruperto y al rey, y le cogieron, no sólo la artillería, sino las cartas reservadas, por las cuales se descubrieron su mala fé y sus secretas confidencias, que publicadas, excitaron los ódios. Entre tanto el Parlamento, á pesar de la igualdad que había proclamado, dió á Cromwell y á Fairfax el título de barones con 5.000 y 2.500 libras esterlinas de renta, y á este tenor concedió títulos á otros muchos; después proclamó la tolerancia religiosa, indicio de las persecuciones que sufrirían los que no pensasen como ellos.

La causa real se perdió con la toma de Bristol por Fairfax. Carlos se refugió en Oxford, y temiendo que lo prendieran, pues el Parlamento había ordenado su arresto y la nación desconfiaba de su lealtad, se arrojó en brazos de los escoceses. Fué una de aquellas resoluciones que sólo el éxito decide si son generosas ó temerarias. Los escoceses le tuvieron como en prisión hasta que el Parlamento, ó bien pagando ó liquidando una deuda que tenía con ellos de 400.000 libras esterlinas, se lo hizo entregar, y le encerró en el castillo de Holmby, poniéndole centinelas de vista, y haciendo retirar de allí hasta los aldeanos que iban á que les curase las escrófulas.

Parecía que era ya completo el triunfo del Parlamento; pero las facciones, compuestas de muchos hombres, fuerza es que se descompongan después de conseguido el objeto propuesto. El pueblo, lejos de odiar al rey, le veneró cuando estuvo preso; los presbiterianos, dominando en el Parlamento y dueños del rey, al que fácilmente habrían atraído á sus pretensiones, quisieron que el ejército fuese reducido y que una parte hiciese la guerra en Irlanda, mientras ellos gozaban en Inglaterra los frutos de la victoria. Quedaba, pues, concluida la revo-